

Otras historias de Fructuoso Rivera

José Eduardo Picerno *

“El general Rivera era un hombre verdaderamente célebre. Salido de una clase vulgar, conservó hasta su muerte el exterior y las maneras toscas del hombre de campo; pero poseía un gran talento natural, empleado siempre en intrigas y manejos para llenar sus aspiraciones y satisfacer su insaciable sed de mando y de dinero. Así, su política toda estaba subordinada a estos dos objetos primordiales. Lo primero para satisfacer su vanidad que no conocía límites; lo segundo para hacerlo servir a sus fines y saciar su inagotable sensualidad. Tenía todas las cualidades del caudillo. Pródigo hasta el extremo, todo lo daba. Con razón se decía que él era un saco roto, pues nada le bastaba. Pedía a cuantos le rodeaban casi siempre para dar a otros; pero ni cobraba ni pagaba. Era el hombre de los grandes vicios, pero esos vicios mismos tenían algo de heroicos.”

Estos conceptos pertenecen a Manuel Alejandro Pueyrredón, tomado de sus *Apuntes*. Este militar de muy fina observación, escribió unas memorias de la Conquista de las Misiones en 1828, y mucho acerca de Rivera. Estos enfoques nos han dado la oportunidad de dar una mirada diferente a las conductas del caudillo, y hemos detectado infinidad de historias que han teñido toda su actuación, tan diversa y extendida en el tiempo.

Un gaucho, un soldado, un militar, un libertador, un Presidente, y toda una larga trayectoria pública pueden definir a Rivera. Pero entre tanta historia de una época en que se jugó el destino de nuestro país, resulta muy interesante conocer algunas pequeñas historias de la persona, más que del personaje.

Sin duda que esa persona con sus comportamientos particulares, sus pensamientos y su forma de ser, influyeron también ostensiblemente en la ejecución de sus actos públicos, y por consiguiente en el destino de nuestra patria. En estas historias aparecerán elementos que pueden considerarse causas subyacentes y muy personales, que aportan y completan otra visión de la gran Historia Oficial.

Las pequeñas acciones y conductas personalísimas, también dan colorido y permiten formular nuevas hipótesis sobre la intencionalidad de determinados hechos.

* Psicólogo, autor de *El Genocidio de la Población Charrúa*, a ser publicado por Ediciones Biblioteca Nacional.

1.

11 de febrero de 1816, momentos en que Artigas le dispensaba a Rivera una gran confianza, tanto que le escribe una carta haciéndole algunas bromas. En especial una, al final, relacionada con la difícil letra de Rivera (Artigas omite la ortografía y gramáticas muy malas, también). Archivo Artigas, Tomo XXII pág. 223.

“Sr. Don Frutos Rivera

De todo mi aprecio: (...)

Es preciso empeñar a los paysanos para que también nos ayuden, y por lo mismo es preciso franquearles por una parte los auxilios precisos para que así desempeñen sus obligaciones.

Dígale a la Paysana de los anteojos, que no se olvide de la Dama Juana de Caña. Si no quiere rompamos las amistades.

Usted me ha escrito dos y tengo la fortuna de que su letra se va componiendo tanto, que cada día la entiendo menos. Es preciso que mis comandantes vayan siendo más políticos, y más inteligibles.

Expresiones a toda la familia, y Ud. reciba el afecto de su Servidor y Apasionado.

Purificación, febrero 11 de 1816

José Artigas”

No sabemos cómo tomaba Rivera las chanzas. Lo cierto es que luego de esta carta, coincidentemente, comienza a desacatar las órdenes de Artigas y a pasarse solapadamente a filas de los portugueses, que invaden nuestra Provincia en agosto de 1816. Seguramente otras motivaciones personales determinaban su conducta.

Inexplicable comportamiento militar de Rivera.

Artigas le reitera ocho veces la misma orden, incluso con correos urgentes, para que tome cuanto antes la Fortaleza de Santa Teresa, en previsión de que la tomaran los portugueses que ya se estaban movilizand para invadir por esa zona. Sin embargo, Rivera no obedece y por fin los portugueses toman el bastión de Santa Teresa.

Véanse las órdenes de Artigas incumplidas por Rivera:

Tardanza de Rivera para ir a Santa Teresa según órdenes de Artigas.

Fuente: Archivo Artigas, Tomo XXI, pág. 248. Doc. 289 – Carta de Artigas a Miguel Barreyro desde Purificación, julio 10 de 1816

"Mi estimado Barreyro:

Previendo la demora de los correos y que los momentos apuran, repito a usted este Extraordinario [se trata de un correo urgente] ansioso de dar más y más actividad a lo prevenido.

(...)

1- *Incluyo a usted esa para **Don Frutos** con el fin de que active sus providencias en Maldonado, que es el punto más distante, y el que supongo más atrasado.*

(...)

2- *En ese concepto es preciso que la milicia de Maldonado se arme prontamente y que **Don Frutos** acelere sus pasos hacia Santa Teresa.*

(...)

3- *El adjunto diríjalo usted inmediatamente a **Don Frutos** que todo es dirigido a que se apresure, y lo tenga todo listo para el Vamos que no debe tardar.*

Desea a usted toda felicidad su servidor y apasionado. José Artigas, 10 de julio 1816, Purificación"

Documento 290 (del Archivo Artigas Tomo XXI)

[José Artigas a Miguel Barreiro. Lamenta la demora de Rivera en momentos en que se confirman los movimientos de los portugueses. Agrega que las divisiones marchan a sus respectivos destinos].

"Purificación, julio 14 de 1816

Mi estimado Barreiro:

Me es muy sensible la memoria del Extraordinario cuando pensaba que ya estuviese realizado todo lo prevenido en su contesto, me hallo nuevamente

4- *embarazado con la tardanza en la salida de **Don Frutos**. Por lo mismo que cada día se cercioran los movimientos de Portugal, debemos apurar los nuestros y adelantarlos.*

Por acá ya van marchando las Divisiones a sus respectivos destinos, y nos

5- *perjudica la demora de **Don Frutos** para que active sus providencias a cubrir el punto de Maldonado reunir aquellas gentes y acudir al punto de Santa Teresa y guardias de su intermediación.*

(...)

Para ello es preciso que todos se hallen listos y prevenidos en sus respectivos

6- *destinos y así a **Don Frutos**, que no pierda tiempo.*

(...)

7- ***Don Frutos** debe activar esto en Maldonado, y por lo mismo es preciso, que no se demore.*

(...)

Voy a marchar de este punto, y combinar los movimientos de Misiones, estos,

8- *los de Torgués y Don Frutos, a quien apuro con esta fecha para que vuele a su destino; apure las providencias, y espere allí mi segunda orden ocupándose entre tanto en alistar gente; y prepararlo todo.*

(...) José Artigas, 14 de julio de 1816, Purificación"

Debe constituir un récord que un militar desobedezca una orden ocho veces reiterada por su General en Jefe, y facilite la invasión a su país. Rivera, con órdenes de "volar", se muestra muy lento en esta ocasión, tan lento que ni llega a Santa Teresa.

Aunque se verá lo rápido que será en otras ocasiones. (Quien invade por el Este y toma Santa Teresa es justamente Lecor, quien posteriormente, vencido Artigas, en marzo de 1820, otorgará a Rivera el grado de Coronel del Ejército portugués).

2.

Una carta de Lavalleja a Rivera. La prensa la tituló "Notable"

Transcripción. En Montevideo la publicó el *Semanario Mercantil* el 27 de setiembre de 1828 bajo el título de "Notable". Fuente: E. De Salterain y Herrera, *Lavalleja*, págs. 411 - 413.

Intimididades sorprendentes brotan de esta carta, que nos hace conocer mejor la personalidad de cada uno. En la P.D. el trato es de dos amigos, mujeriegos y cómplices. Lavalleja le pide que le envíe una chinita linda y a cambio él le envía otra mujer que ya es conocida por Rivera. Creemos que es una broma, ya que estaban a cientos de kilómetros de distancia. Rivera acababa de conquistar las Misiones Orientales, y esperaba su oportunidad para entrar al país, aunque estaba ofreciendo los territorios de Misiones al Gobernador de Buenos Aires, Dorrego.

Resulta extraño que Rivera sea quien dé la carta a publicidad, enviando una copia a órganos de prensa en Montevideo y Buenos Aires. Es notorio que con dicha publicación Lavalleja se desprestigia, ya que lo que éste escribe no es apropiado de un jefe militar y de un héroe nacional, que también fuera llamado "El Jefe de los Orientales". Esto puede considerarse una sutil y rápida estrategia diplomática de Rivera. Véase la carta:

"Señor Don Fructuoso Rivera. Cerro Largo, julio 27 de 1828.

"Mi estimado compadre: Ayer he escrito a usted por mano secreta, y ahora lo hago de mi puño para decirle las cuatro verdades del barquero. Esto es hablando como amigo, y como usted mejor que nadie me conoce, y lo que usted no conoce de mí, es porque no quiere, o porque no le trae cuenta. En esta confianza voy a hablarle con la franqueza que siempre me ha caracterizado.

Usted no podrá negar que ha sido mi amigo y que yo lo he sido suyo, en el extremo que los dos hemos sido una misma persona. Los acontecimientos políticos en la época desde que los portugueses tomaron posesión de la provincia, usted ha visto de un modo distinto las cosas: si su política ha sido la de gambetearles a los portugueses, yo nunca

he estado por ésta y sino díganlo los acontecimientos del año 22 y 23.

Seguí con mi empeño adelante hasta el 25 que la emprendí. Usted es un testigo ocular de los acontecimientos ocurridos hasta mediados del 26. Los motivos que le dieron mérito a separarse o ausentarse de la provincia para la de Buenos Aires, los ignoro; yo he seguido constantemente trabajando por la libertad de la provincia, y tendré que hacerlo sea del modo que fuese.

Usted recordará que a su propartida del Durazno para el Uruguay le supliqué no lo hiciera; y sordo a la justicia y amistad, tomó el partido que mejor le agradó o le convino: resultó que fue a Buenos Aires y de allí a Santa Fe: yo no quise saber más de usted y continué en la lucha de concluir con los portugueses, y le confieso compadre que me había propuesto de nunca jamás tomar la pluma para usted. Yo le hablo con esta franqueza, porque soy incapaz de marchar contra mis sentimientos interin ni estoy convencido de lo contrario, y como usted mejor que nadie me conoce, se lo pongo de manifiesto.

Usted sabe que soy un diablo, pero usted es con uñas, patas y astas; y desgraciadamente de nuestras incomodidades resultan males de mucha gravedad a nuestra patria: nada sería que a usted o a mi nos llevase tipa y media de diablos, sino causaríamos males a nuestras compatriotas, nuestros hijos, y familias, y últimamente que seamos detestados por todos los hombres sensatos.”

“Le confieso como amigo que el mayor deseo que he tenido en este mundo ha sido el tener una entrevista con usted pero los dos solos en un cuarto a puerta cerrada, y que nos diéramos más trompadas que mentiras ha echado usted en esta vida, y después que saliéramos de amigos, y que mientras no estuviésemos convencidos de esta justicia, nos hicieran morir emparedados allí. [Resaltado nuestro].

Yo me alegro que haya j... bien en lo que ha rodado bien por esas provincias para que vea lo que es el mundo; y si algún día se ofrece otra, tenga más moderación y pulso en sus cosas. Yo lo he pasado primero que usted y se muy bien lo que es, C...”

“Ya le he hablado a usted la verdad en un tono que usted dirá lo de siempre “estas son las rabietas de mi compadre”; pero son verdades, que si fuera a hablar todo lo que debía no bastaría una resma de papel, si usted quiere volver a nuestra amistad antigua, yo le prometo bajo el nombre sagrado de amigo, que lo seré suyo, y en todas las circunstancias; y sino seremos bien hablantes.

Acuérdese, C... los piojos que hemos muertos juntos por salvar nuestra patria. Recuerde la amistad; traiga a la memoria la noche de Arerungá, -que Lavalleya era su amigo en los brazos de quien usted derramó lágrimas-.

Tengamos más mundo, hemos padecido lo bastante y vamos a unir nuestros corazones, y que no se rían de nuestras miserias; y que otros disfruten de las glorias que hemos adquirido con nuestros esfuerzos en obsequio de la libertad de nuestra patria.

Si usted conviene en esto, vamos a trabajar por conciliar todo, tanto entre amigos, como familias, y nosotros particularmente.

En tanto le desea a usted toda felicidad su afectísimo compadre, Lavalleya. P.D. Mándeme una chinita linda, y le mandaré a su tuerta Juana la consabida”. [Resaltado nuestro].

“Es copia del original a que me remite. Rivera.”

El Semanario que la publicó, dijo al final: “Su lectura bastará a poner a todos en la necesi-

dad de juzgar sin temor a equivocarse". Compartimos dicho comentario.

3.

El abrazo del Monzón y "El bribón de Lavalleja"

Brevemente nos referiremos al episodio llamado el "Abrazo del Monzón" (a orillas de ese arroyo), donde ya sea que fue tomado prisionero o que lo hizo en forma voluntaria, Rivera se pasa de las filas brasileras a las de los orientales de Lavalleja.

Se ha escrito mucho sobre este episodio pero a los efectos de nuestra investigación (El Genocidio de la Población Charrúa, de muy próxima edición), no tiene otra relevancia más que saber que Rivera cambia nuevamente de bando.

Tomaremos la versión que da Brito del Pino en su *Diario de la Guerra del Brasil*, Pág. 216 en adelante, de los sucesos del día 22 de agosto de 1825.

Recordemos que el Brigadier Rivera revistaba como alto jerarca militar del Ejército Brasileño, habiéndose informado de la cruzada que ya estaban concretando los Treinta y tres Orientales, se dirige con una fuerza regular a combatirlos. Mientras tanto, Lavalleja le tiende una trampa, (de las usuales de Rivera, sólo que en ésta fue él quien cayó). Disfrazándose con los patriotas, Lavalleja se hizo pasar por partidarios del ejército de Rivera. Desde lejos Rivera observa con el antejo y se persuadió que eran amigos. Desde este momento tomamos la versión directa de Brito del Pino:

"[Rivera] Se puso al galope, y cuando llegó, recién es que se apercibió de su engaño y que se hallaba prisionero de los mismos que iba a combatir.

Como al verlo todos desnudasen sus espadas, creyó que iba a ser muerto, y temblando y lleno de terror dijo a Lavalleja: Compadre, *no me deje Usted asesinar*. Entonces Lavalleja mandó que envainaran los sables y dirigiéndose a Rivera le contestó:

Aunque no merecía otra suerte que morir a manos de sus paisanos a quienes ha traicionado, vendido y maltratado, sacrificándoles, como igualmente a la Patria por sus ambiciosas miras, he querido sin embargo en estos primeros pasos mostrar toda la generosidad que nos anima, y ver si con una conducta tal por nuestra parte, olvida usted su pasado de crímenes y traiciones, y entra usted a hacer causa común con nosotros para libertar la patria de sus tiranos dominadores.

Oído este corto discurso por Rivera, y ya repuesto de su primer terror, se negó a cooperar a la salvación de la Patria, fundándose en que estaba al servicio del Imperio y no podía traicionarlo, añadiendo otras excusas hijas de su mala voluntad.

Entonces le replicó Lavalleja: *Pues bien compadre, piénselo bien hasta la madrugada, pues si entonces no se ha decidido Ud. a volver al camino del honor, y prestarse a todo lo que de Ud. se exija contra los enemigos, será Ud. fusilado y la Patria vengada.*

Se le hizo retirar enseguida a una tienda de campaña, guardada por centinelas de vista. Estos centinelas hacían su servicio 1 hora, y eran relevados por otros, y estos centinelas eran Don Manuel Oribe, Don Manuel Lavalleja, Don Manuel Freire, etc., los cuales a la menor acción que vieran, que pudiese presumirse que era para fugar, lo dejarían en el

sitio.[lo matarían].

Entregado quedó el Brigadier Rivera a sus reflexiones hasta las 2 de la mañana, mas viendo que el término fatal se aproximaba, mandó llamar al Gral. Lavalleja y le dijo: *Compadre estoy decidido, vamos a salvar la patria, y cuente Ud. para todo y en todo conmigo.*

Lavalleja le abrazó entonces, [el abrazo del Monzón] lo comunicó a los demás, los cuales no participaron de la satisfacción de este General, porque más bien quisieran que Rivera muriese y no que les prestase servicio ninguno.

En esto se equivocaban, porque la noticia de la pasada de Rivera a los patriotas (pues así lo creían los brasileños) los dejó estupefactos, pues él era el hombre de toda la confianza de ellos y tenía la clave de su debilidad, como el conocimiento y mando de todas las fuerzas.

Así empezó [Rivera] dando orden para que se le incorporase un gran convoy de vestuario, armamento y municiones que venían para la fuerza que debía recibir las y todo lo entregó al Gral. Lavalleja, cosa que fue de la mayor importancia en el estado de desnudez y falta de armamento en que las tropas nuestras se encontraban.

Luego escribió al General Bordes, (brasileño) que estaba con una fuerza en San José, que lo esperase pues iba a incorporarse a su fuerza y esperaba darles noticias de Lavalleja. Al anochecer llegó al campamento de aquel Coronel a quien encontró sentado con varios oficiales alrededor de un gran fuego. Luego que vio a Rivera, y pasados los cumplimientos establecidos, le preguntó que había sabido de ese **Patife (Bribón)** de Lavalleja (Lo tenía detrás de él emponchado y con una pistola amartillada).

Rivera dando largas a su humor festivo se puso a hablar contra Lavalleja, y lo que habían de hacer con él los que lo agarrasen; a lo que el portugués contestaba con locuacidad. Luego que se cansó de embromar con ellos, les dijo: *Hablemos ahora seriamente; todo lo dicho no es más que una broma; Ud. y todos los demás son prisioneros de los Patriotas que al efecto nos hemos unido; ahí detrás de Ud. está el Gral. Lavalleja y todos, como su fuerza, rodeados por la nuestra. No hay más que resignarse.*

La sorpresa dejó sin voz ni acción al Coronel Bordes y a los suyos, los que quedaron prisioneros sin hacer la menor resistencia.

Así pasó el acontecimiento, que fue negado por muchos pero creído por la mayor parte por testimonios irrecusables. (El Gral. Juan Antonio Lavalleja en oficio del 9 de Diciembre de 1827 al Ministro de Guerra Gral. Juan Ramón Balcarce, confirmó estas aseveraciones)."

4.

El incidente en que Rivera le tiró un tintero al Coronel Eugenio Garzón, por "malcriado". Episodio conocido como "el tinterazo".

A pocos días del conocido ataque a los charrúas del 11 de abril de 1831, Rivera, quizá ya instalado en su Cuartel General de Salsipuedes, le escribe a su amigo y consejero Espinosa, acerca de este incidente a primera vista un tanto insólito. El Cnel. Garzón ya había realizado a plena satisfacción el apresamiento de delincuentes y faeneros clandestinos, y estaba incorporado ahora al Ejército Expedicionario [así se le llamó], que era mandado personalmente por el Presidente Rivera. Restaba el paso contra los charrúas, para lo cual era necesario proceder conduciendo a los mismos mediante ciertos engaños y falsas promesas, hasta un lugar estratégicamente elegido. No era Garzón el más indicado para poder convencer a los charrúas, y además no era una persona dócil a quien Rivera pudiera ordenar que obrara con engaños, sino que era un militar de un comportamiento franco y directo. En ese escenario se produce este incidente.

Fragmento de carta manuscrita de Rivera a Julián de Gregorio Espinosa sobre Garzón. Fuente: Archivo General de la Nación Argentina. (También la reproduce la *Revistas Histórica*, Tomo 34, pág. 315. Se han corregido la ortografía y la gramática.)

Año 1831 25 de marzo.

"Julián amigo.

Cuando recibas ésta ya tendrás el disgusto que yo he tenido con el Coronel Garzón y sus oficiales a quienes les he despachado hoy con sus pasaportes por no hacer un ejemplar con todos ellos como merecían lo que ha dado lugar a que hoy mismo desarmase la tropa y con esta data comunico al Gobierno este incidente haciéndole ver la necesidad que hay de disolver el tal Batallón los sucesos de abril del año pasado que tantos disgustos ocasionaron a este país indudablemente pudieron haberse repetido si con tiempo no hubiese tomado una medida fuerte capaz de asegurar al país su reposo."

Se insertan en reiteración unos párrafos textuales como fue manuscrito por Rivera:

"Garzon adicho que va apresentarse alas Camaras contra mi p.r q.e yo le tire con un tintero p.r malcriado Si lo ase sera cosa de riza p.r q.e yo Si loice fue en un ato familiar yno como Precidente del Estado..."

"Garzón ha dicho que va a presentarse a las Cámaras contra mi porque yo le tiré con un tintero por mal criado, si lo hace será cosa de risa porque yo si lo hice

fue en un acto familiar y no como Presidente del Estado, sino como Fructuoso Rivera a Eugenio Garzón el desvergonzado que sin duda creyó que yo podría sufrirle todas las altanerías que quisiese yo es verdad me exalté te confieso que no pude contener mi genio que como tu sabes no es muy bueno al fin se hizo y ya no hay remedio pero lo peor ha sido que los díscolos de los oficiales me han provocado a que yo tomase como he dicho una medida de las que se toman en los ejércitos con los que se amotinan pero apuré la copa del sufrimiento hasta sus ecas (?) y les permití retirarse como te he dicho.”

El mismo incidente es comentado por Carlos Anaya. Se agregan otros elementos aunque se omite el “tinterazo”.

Año de 1831. Escritos Históricos de Carlos Anaya. Fuente: *Revista Histórica*, Tomo 35, págs. 820-821

“Continuaba el Presidente Rivera recibiendo los inciensos de su nueva categoría, más no ya sin una abierta oposición por parte de sus enemigos personales, que miraban la administración por microscopio, exagerando algunos descuidos en que había incurrido, porque una costumbre discrecional con que se había inveterado en la Campaña, necesitaba un asiduo cuidado que él no podía nivelar con las Instituciones a que estaba sujeto por las Leyes. Acababa de dar un paso que no todos podían aprobar sobre el exterminio de los indios charrúas y minuanes, que aunque la sociedad y las fortunas públicas, mucho habían ganado con su desaparición, los medios de la traición y la perfidia empleados por esta empresa, no podían justificarle al buen sentido. Por otra parte, se hallaba a sus Orns., con tales objetos el Coronel Don Eugenio Garzón, Jefe del Cuerpo de Negros de la Guarnición de la Plaza, su Sargento Mayor oficiales y tropa en el Durazno, que el Presidente miraba como enemigos suyos. Tuvo una alteración con el primero por solo observarle correspondencia epistolar con el General Lavalleja que se hallaba en su estancia de Antonio Herrera, y estando en contestaciones, el Presidente de la República, sin acordarse de la circunspección que se debía, ni de la clase de su contrario, tuvo la inmoral y escandalosa conducta de avanzarle y arrojarse al Coronel Garzón como lo hiciera un carretillero...., arrojándolo de su presencia, y luego dándole pasaporte para restituirse a Montevideo. Observó el disgusto de los Jefes Oficiales y tropa por aquel escándalo, y no le faltaron pretextos para suponerlos sublevados; disolvió el cuerpo y dio de baja al Sargento Mayor y Oficiales, con avance manifiesto de sus facultades, e infracción completa de la Constitución, pues en aquel acto no era Presidente en ejercicio, y aunque lo fuera, sin la firma de su Ministro respectivo, nadie debía obedecerle.”

5.

Campaña de las Misiones en 1828

(Apuntes Históricos) Fuente: *Boletín Histórico del Ejército* N° 156-156

Se trata de apuntes hechos por el Coronel Manuel Alejandro Pueyrredón vinculados a la formación del Ejército del Norte por Rivera, su concepto sobre este caudillo, sus diálogos, y algunas referencias a los charrúas que cooperaron en dicha campaña.

“Empezaré estos fragmentos por lo que se refiere a la campaña de las Misiones durante la guerra con el Brasil, bajo el mando del general don Fructuoso Rivera, en la parte que fui actor.

No es la historia de aquella campaña; no es tampoco la del General Rivera: ambas cosas pertenecen a otra categoría.

Es una copia de mis APUNTES, que destinaba para solaz del hogar en las veladas de invierno. Sin plan, sin orden, sin método como corresponde a simples recuerdos consagrados a la intimidad de la familia. Escritos, en una palabra, para no ver la luz pública.

Se equivocaría mucho el que buscase en ellos la erudición, la literatura; el arte no ha entrado para nada en mis reminiscencias.

Por eso el lector, encontrará cosas y nombres al parecer ajenos del asunto principal, mas no debe olvidarse el origen u objeto.

En cuanto al protagonista, [Rivera] preciso es decir, que era un hombre célebre bajo todos respectos. Su vida ocuparía volúmenes por el papel que ha desempeñado en el gran drama de la revolución, en la cual ha marchado de consecuencia en consecuencia, por efecto natural de la democracia; debido a la cual su figura expectable puede considerarse colosal.

Hasta aquí nadie se ha ocupado de escribir respecto de este personaje cuya vida y hechos por si solos bastan para caracterizar una época.

La mayor parte de los hombres que lo conocían o que sirvieron a sus órdenes han desaparecido sin dejar nada escrito. ¿En pos de ellos qué queda? ¿La conciencia póstuma? No es lo bastante. Las generaciones venideras reclaman otra cosa; necesitan conocer el pasado para inspirarse ellas mismas en lo futuro. Así pues, la misión de los contemporáneos es descorrer el velo que cubre a nuestros caudillos para lección de los que vengan.

El general Rivera era un hombre verdaderamente célebre. Salido de una clase vulgar, conservó hasta su muerte el exterior y las maneras toscas del hombre de campo; pero poseía un gran talento natural, empleado siempre en intrigas y manejos para llenar sus aspiraciones y satisfacer su insaciable sed de mando y de dinero. Así, su política toda estaba subordinada a estos dos objetos primordiales. Lo primero para satisfacer su vanidad que no conocía límites; lo segundo para hacerlo servir a sus fines y saciar su inagotable sensualidad. Tenía todas las cualidades del caudillo. Pródigo hasta el extremo todo lo daba. Con razón se decía que él era un saco roto, pues nada le bastaba. Pedía a cuantos le rodeaban casi siempre para dar a otros; pero ni cobraba ni pagaba. Era el hombre de los grandes vicios, pero esos vicios mismos tenían algo de heroicos.

[Luego Pueyrredón va a consultar con el Gobernador Dorrego quien le dice:] “Hablemos con calma, dijo, y se expresó entonces, poco más o menos del modo siguiente: he visto su carta: usted no se fíe en las promesas de Don Frutos, es un hombre que ofrece mucho y no cumple nada. Usted no ha de ser tratado mejor que lo que trata a todo el mundo”.

(.....)

“El general Rivera había volado y caído de improviso sobre la provincia de Misiones entrando por la frontera oriental. Batió al Coronel Alencaster en la costa del Ibicuí, después de lo cual, ya no tuvo quien hiciera oposición a su conquista. Con este motivo se apresuró [Rivera] a dar cuenta al Gobierno General [Argentino] de haber tomado posesión de Misiones y se sometía por consiguiente al gobierno de Buenos Aires.

Varios errores en cadena, al fin todos se salvan.

Se transcribe un diálogo de Rivera con Pueyrredón, ante la proximidad del ejército brasileño con tres mil hombres de caballería, muy superior al de Rivera.

“En este estado, el General [Rivera] me llamó.

- ¿Se anima usted a ir al campo enemigo? me dijo.

- ¡Cómo!- ¿si me animo? Si me manda iré.

- Mire usted que es muy probable que lo tomen.

- ¡Cómo ha de ser! pero si me toman o me matan, usted me vengará.

- Antes que cierre la noche, replicó con viveza, estará usted vengado o sucumbiremos todos.

Se trataba de evitar un rompimiento, que tal vez habría comprometido la tranquilidad del país y la paz que acababa de celebrarse. Era preciso obtener paso para la Banda Oriental, sin devolver las haciendas y las poblaciones indias. [Era el producto del saqueo a los siete pueblos de Misiones].

Entretanto, nuestra posición era verdaderamente crítica, y aún horrible.

El general Rivera se había colocado en una situación difícilísima, como lo diremos después, respecto a los gobiernos de Buenos Aires, Brasil y Oriental, y se veía cortado, sin retirada, a menos de comprometer una batalla. El interés fue salvar las haciendas, sin cuyo motivo había tenido tiempo sobrado para salir del territorio brasileño sin cuestión alguna.

El General me dio sus instrucciones encargándome de hablar alto y fuerte; de no economizar amenazas, y de tratar de introducirme al campo sin ser sentido, a fin de descubrir y calcular la fuerza verdadera del enemigo.

Había llegado de paseo el comandante Esteche, de Corrientes, trayendo dos soldados uniformados a lo correntino. Me dio esos dos hombres para escolta con el objeto de hacer entender que nos habían llegado dos escuadrones correntinos de auxilio.

Estaban en el ejército doscientos indios charrúas; mandó venir al cacique llamado Pirú, tape de una talla gigantesca y le hizo montar su mejor caballo, que era un moro parejero.

Sacó del bolsillo un pañuelo de seda punzó para servir de seña.

Según las instrucciones el cacique no debía apearse del caballo.

Si los brasileros me tomaban prisionero, le tirarían el pañuelo al indio, el cual rompería a escape. Esa sería la señal de cargar con el ejército y emprender el ataque.

Se me había recomendado al indio por valiente, pero se portó como un cobarde. Poco faltó para que su conducta causase un conflicto que pudo tener consecuencias terribles y desastrosas.

El campo que mediaba entre ambos ejércitos era muy doblado.

Yo me aproveché de esta circunstancia para caminar por las quebradas y montes. Ya estaba a la vista del ejército enemigo y había descubierto la mayor parte de su fuerza, cuando fui sentido por una avanzada que se descolgó a escape de un cerro donde estaba situada, y me rodeó.

Toda la partida traía carabinas en la mano en actitud de hacer fuego. Pirú al ver esto, rompió por medio en el moro volador, huyendo como un gamo y fue a dar la alarma al ejército donde entró gritando: Agarraron oficiá; mataron oficiá, repetía. Llegado a presencia del General, no expuso más razón que la misma que había dado a voces.

Rivera mandó tocar generala y encender las mechas a la artillería, para avanzar sobre el enemigo.

Afortunadamente llegaron al campo en esos momentos con licencia del mariscal el coronel Calderón y el Teniente don Antonio Azambuyo. El uno íntimo amigo de Rivera con quien había servido en otro tiempo, y el otro, su ahijado muy querido. El General los llamó y les dijo: "Oigan lo que dice el cacique. Si es cierto que han muerto a mi enviado y a las cuatro de la tarde no he tenido noticias de él, a esa hora serán ustedes fusilados", y desde aquel momento los puso presos e incomunicados.

El movimiento del ejército se suspendió por efecto de las seguridades que daban tanto Calderón como Azambuyo, de que era imposible de que hubiera sucedido nada. Que el indio se había asustado en balde y huido sin motivo, o era un gran pícaro.

No se equivocaban; era justamente lo que había pasado.

Tanto este salvaje como todos los charrúas tenían un terror pánico a los brasileros y los detestaban, porque indio que tomaban lo mataban en el acto.

(...)"

Por fin al llegar Pueyrredón al campamento Rivera lo recibe y continúa la narración:

"Al llegar, el General se vino a mi muy contento —hombre, me dijo, ya no creía verlo más, el indio Pirú contaba que lo habían muerto. Es un indio pícaro, cobarde, le contesté. —Y como estamos ¿hay paz o hay guerra?. - Hay paz, señor todo está arreglado. - Bien, añadió, no esperaba menos de mi negociador, luego me contará todo lo que ha habido, pero antes vaya a poner en libertad a Calderón y a Antonico mi ahijado que los tenía asegurados hasta saber de usted.

Fui corriendo a realizarlo. Calderón me recibió frío y serio. Azambuyo me abrazaba, me decía cariños y lloraba como una criatura. Pobre mozo: había consentido en que iba a ser fusilado. Mucho le agradezco a usted, me decía, lo que ha hecho, pero mi padrino [Rivera] me la ha de pagar, pues no debía haber hecho esto conmigo."



Comentario: Vemos un error en el cacique Vaimaca Peru que cree que han matado a Pueyrredón, y viene volando agitando el pañuelo punzó.

Rivera comete el error de creerle a Vaimaca, ya que los indios difícilmente pueden mentir y eso bien lo sabía Rivera.

También se equivoca Pueyrredón al interpretar que Vaimaca Perú es pícaro y cobarde pensando que ha mentido a propósito. Sin embargo Vaimaca realmente creyó que al ser apuntado con las carabinas ya habrían disparado y dado muerte a Pueyrredón, y sale volando a avisar a Rivera.

Sin embargo Rivera comete otro error: no le cree una palabra a su propio ahijado, que le está diciendo la verdad, y lo encarcela para fusilarlo a determinada hora si no regresa Pueyrredón.

Y Rivera se salva de cometer el más grande error, que hubiera sido el fusilar a su propio ahijado, si Pueyrredón hubiera llegado con posterioridad a las 4 de la tarde.



6.

Carta de Rivera a su esposa Bernardina referente a sucesos de la Batalla del Yrao

Es de hacer notar que una indiecita charrúa quedó dormida salvándose de los cascos de los caballos y Rivera la recoge para criarla. Fuente: Ariosto Fernández, Suplemento de *El Día* del 20 de junio de 1954.

“Potrero del Yrao. Mayo. 16, 1834 a las 3 de la mañana.

Mi amada Bernardina

... Ayer en fin Dios mediante logramos destrozarnos en este punto a Don Juan Antonio Lavalleja que unido a los charrúas se abrigaba en estas inmensas escabrosidades. Sin embargo el triunfo no ha podido ser más completo, pues han logrado por cuarta vez asilarse en el territorio del Brasil, pero esta vez ha sido completamente desbandados los más de ellos desnudos y a pie, hasta el mismo Don Juan Antonio, volvió a perder el caballo ensillado y lo mismo su hermano y los más de sus oficiales. De estos han muerto algunos, otros se han ahogado al pasar el río donde se tiraron con ropas porque no se les dio tiempo para desnudarse.

Habían logrado que Lavalleja les diese caballos favorecido de un fuerte potrero en donde estaba, pero este se logró forzar y unos y otros se pasaron al Cuareim como única barrera que podía salvarlos de los filos de nuestras espadas. (.....)

El indio Lorenzo, este forajido insigne acaudillaba a los charrúas y al ganar aquellos el monte, este malvado tan cobarde no tuvo valor para seguirlos y se dejó tomar por nuestras tropas en la orilla de un monte impenetrable por donde se fueron sus súbditos; quedando en nuestro poder todos los toldos de los salvajes, entre estos se encontró una chinita como de seis meses, que envuelta en cuerito de venado escapó milagrosamente de su muerte por las pisadas de los caballos de más de 300 hombres que pasaron varias veces por encima de ellas o muy inmediata a ella, probablemente la madre al tiempo de evadirse la dejó dormidita, ella no se recordó hasta después de mucho tiempo y empezó a llorar y la hizo recoger el Comandante Raña. Ha encargado de que la vaya criando una Misionera a quien le ofreció dar 50 pesos si logra llevártela para que la críen nuestras hijas. Hasta hoy está muy guapita y ya muy dada con la nueva madre.”

Era costumbre de la señora Rivera criar niños pequeños que muchas veces venían por conducto de su propio esposo; en este caso Rivera le escribe que va a mandar a la indiecita para que la críen “nuestras hijas”.

Una escenografía muy diferente ofrece Rivera en carta a Espinosa.

En esos días, Rivera observa otra escena completamente diferente, referida a los mismos charrúas de que habló en la carta anterior, que en su huida han quedado aislados por la creciente, y ateridos de frío y de hambre sólo atinaban a aferrarse con sus brazos de las ramas de los árboles para no caer al agua o ser muertos por los soldados que esperaban el desenlace. Véase el fragmento de la siguiente carta de Rivera a Espinosa enviada el 18 de junio de 1834 desde el Yrao.

“Julián amigo.

Excuso detallarte nada en esta de los últimos sucesos que hay tenido lugar en esta frontera porque los diarios de Montevideo que habrás visto te habrán puesto al corriente de todo (...). Aún persigue una fuerza del ejército a unos 20 y tantos charrúas que a pie han ganado los montes del Cuaró; ayer tuve parte que los habían sitiado en una isla anegada y los salvajes estaban agarrados en los árboles e indefensos, y contaban con que se entregarían o perecerían de hambre y de frío (...). Da a toda la familia miles de expresiones cariñosas y tú recibe el verdadero cariño de tu amigo. Fructuoso.”

Este grupo de charrúas pertenece a los mismos que citaba Rivera en la carta anterior a su esposa Bernardino, en que rescató una indiecita de 6 meses que se había salvado milagrosamente. Se presentan en ambas misivas del mismo operativo militar, escenas opuestas, unas de piedad salvando a la beba y adoptándola, y otras de extrema crueldad al describir la situación lastimosa de aquellos que quizás fueran familiares de la indiecita.

7.

Quejas del Coronel Britos acerca del comportamiento de Rivera (Lo estafó y aún quiere que le entregue a su hija)

Fuente: *Memorias de Ramón de Cáceres*, fragmento, página 457. (Ortografía corregida)

“Don Frutos me había decomisado cuanto poseíamos mi cuñado Britos y yo en Tacuarembó, siendo nuestros bienes comunes por un contrato muy formal, que existe archivado en el Juzgado de aquel Pueblo. A los pocos días de entrar a Montevideo lo vi para que me mandase entregar la Estancia, mi casa en la Villa que ocupaba su sobrino Don Mauricio Mendoza, y otras propiedades pues mi mujer había sido expulsada de allí, a consecuencia de órdenes expresas suyas, con un baúl de ropa, y sus criadas, quedando mi casa, y la de Britos completamente amuebladas.

Al principio se manifestó deferente, y después empezó a excusármese de forma que me vi en la necesidad de escribirle una carta, pidiéndole nombrase un apoderado que se entendiese conmigo, y a quien yo presentaría las cuentas de la Estancia, en cuyo establecimiento él había sido nuestro socio. El resultado fue mandar llamar a Don Atanasio Lapidó, y decirle: ““Usted es amigo del Coronel Cáceres, ese hombre ha tenido el atrevimiento de escribirme una carta, vaya usted y dígame que no quiero tener relación ninguna con él, ni de palabra, ni por escrito, que yo lo que deseo saber es que está fuera del país, y que se mande mudar cuanto antes; que su cuñado Britos me debe algunos miles de pesos, y sin embargo que si quiere entregarme a su hija, (que es mi ahijada) yo la educaré y la dotaré cuando esté en estado de casarse””. Vino Lapidó y me dio este recado; Britos era un hombre que tenía muy arreglados sus papeles, saqué copia de todo, y lo entregué a Lapidó para que lo presentase a Don Frutos haciéndole ver que lejos de deberle Britos, él era quien nos debía más de 2500 pesos no habiendo introducido a la sociedad ni la mitad de lo que debía poder en ella según el contrato que aún existe en mi poder. Finalmente que se quedase con todo lo que era nuestro, pero que no me hablase de mi sobrina, porque con todo su ejército no era capaz de sacarla de mi casa, sino sobre mi cadáver, y que del país yo no quería salir sin que se me juzgase y condenase. (...)” ■